

verdadero ideal étnico. La ciencia etnográfica está hoy en día de acuerdo en asegurar que las medidas craneológicas «no son índices de la capacidad mental y del valor moral de los pueblos ni de los individuos». Sin embargo, los etnólogos alemanes parecen querer ignorar que es muy frecuente encontrar sujetos dolicocefalos entre los hotentotes y los esquimales, pueblos auténticamente primitivos, y que hombres como Kant, Lutero, Beethoven, Bismark, han sido braquicefalos. Está demás decir que todos ellos fueron personalidades francamente significativas en Alemania.

Sinceramente es, en realidad, imposible para un sujeto independiente, como el que comenta, poder simpatizar con las teorías nazistas sostenidas por los partidarios del movimiento nacional socialista alemán, pues, la ciencia etnográfica no puede soportar sus conclusiones, que están en palmaria contradicción con las teorías sustentadas por los etnógrafos actuales. Los ejemplos abundan en tal cantidad que puede escribirse otro libro como el de Camilo Berneri, a base de ellos. Creemos que son suficientes los ya expuestos para probar la inexactitud de la teoría etnográfica agitada por los leaders del nazismo. Si así no fuera, en cualquier ocasión podemos ampliarlos.—A. TRONCOSO.



HOMBRES. *Eugenio González*. Editorial Ercilla, 1935.

Apresurémonos a considerar este libro desde el punto de vista meramente retórico, porque plantea problemas de otro interés y trascendencia.

Al constatar las grandes cualidades del escritor: estilo vigoroso y sobrio, intensidad dramática, profundidad del sentimiento de lo humano, pasión contenida: resaltan los defectos de «Hombres» como novela.

Los veinte breves capítulos que componen el libro, breve también, están tan débilmente unidos entre sí que parecen yux-

tapuestos, no partes de un todo construído y necesario. Son cuadros que se suceden con la mínima ilación, sin lograr plenamente el tono general de la narración continuada.

Es ésta la primera vez que el autor intenta la novela, después de los cortos relatos que integran su primer libro: «Más afuera». Quizás por eso, o porque no quiso someterse a las normas más severas del género, «Hombres» es un compromiso entre el cuento y la novela, en que, sin cuidarse de la esquemática historia que sobrenada a lo largo de los capítulos, solicitan con mayor fuerza el interés del que lee diversos episodios desligados en que intervienen personajes secundarios.

Estos vacíos se deben tal vez a la concepción y composición de la novela en cuadros sucesivos, técnica en sí difícil, que exige una obra de mayor longitud e invita al lector a reconstruir el hilo de los sucesos y a captar el ambiente general del libro como una síntesis de elementos dispersos.

Hay personajes, como Leonardo, cuya psicología inconclusa no basta para explicar la necesidad de sus actos y de sus resoluciones. Otros, como los que discuten al final de la obra, no logran identificarse con claridad a través del diálogo ni en sus acciones anteriores. Otros hay, en cambio, y en alto grado las mujeres, extraordinariamente lúcidas, que están tratados con acertada precisión.

El libro de Eugenio González, es sin embargo, demasiado rico para que estos defectos disminuyan su mérito o atenúen la fuerte impresión que proporciona.

A pesar de su sobrio realismo, de la impresionante impasibilidad del autor frente a los hechos que relata, la obra entera está animada de subjetivismo y de lirismo. Su gran fuerza reside, en parte, en esa oposición, en esa lucha por presentar la pasión interna revestida de las formas que puedan parecer más objetivas. Síntoma evidente de este drama es la insólita desaparición del personaje central, la velocidad con que realiza su

camino en la novela para dejar a otros labios más imparciales la explicación de su fracaso y del de todos.

Porque esta es la novela de un fracaso, del fracaso de unos hombres que no eran tales hombres, empeñados—quizás por qué confabulación de oscuros motivos—en una tarea social demasiado pesada para ellos. Toda su vida, que vibra con una singular intensidad humana, escasa entre nosotros, tiene por centro una actividad revolucionaria estúpida e inútil, que debe conducir forzosamente al despiadado escepticismo que destila del libro.

Ninguno de esos hombres siente que la acción en que se empeña es superior a él. Cada cual le antepone su problema recóndito, eminentemente personal, el problema, no resuelto, de su propia vida, y es, por lo tanto, incapaz de abnegarse. Todos esos hombres son bajos, cobardes o débiles, están descaminados, enfermos de sí mismos. Y sus actos se resienten de su flaqueza. El más consciente de ellos proclama «la soledad de su reino y su destino»: la soledad de cada ser frente al mundo, la soledad que siempre acecha en el fondo de toda meditación sobre la propia vida. Cuando la conciencia de esa soledad, que significa reconocer sus límites, no consigue liberar al hombre y volcarlo fuera de sí mismo, lo condena a una contemplación amarga y definitiva, a una destrucción estéril de sí mismo; lo inhabilita para actuar.

Una obra como ésta queda repercutiendo, y provoca reacciones extremas. Casi siempre, la fábula encubre mal al que la crea, y son pocos los que se obstinan en ver en la obra de arte una pura expresión estética, sin otra trascendencia, y sin otro vínculo que el del puro arte con el que la realiza. «Hombres», por el tema mismo de que trata, no se ha sustraído a esta invasión de intereses ajenos a los literarios.

No hallemos en el libro de Eugenio González, como algunos críticos demasiado vehementes, ni un conformismo cómodo de ver para la derecha, ni un derrotismo agradable de denunciar

para la izquierda. Sería rebajarlo con la más torpe incomprensión o malevolencia. Hay en él algo muy distinto. Es la visión, sin los esperados ropajes, sombría, amarga y dura, de lo que ha sido una buena parte de la lucha revolucionaria en Chile, y sobre todo, una de las pocas y más intensas visiones de los conflictos interiores que nos ha dado nuestra literatura. Plantea problemas, inquieta, descubre. Da una solución negativa, o indirecta: explica un fracaso por sus antecedentes psicológicos, y muestra una dura verdad. El ojo que ve es demasiado certero, demasiado sincero para engañarse o engañar. Si ve la verdad sin ilusiones, si renuncia a tenerlas, juzguemos solamente de la fuerza con que la expresa la intensidad de su experiencia.

Lamentemos, sí, aun a pesar de eso, que cierre todo resquicio a la esperanza, y que no haya visto otra grandeza que la de una resignada desesperación.—OSCAR VERA.



EL VALLE DEL SOL, por *Dyómedes de Pereyra*.—Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1935.

Con la publicación de esta novela, que su autor subtitula «La novela de la naturaleza», la literatura indoamericana se enriquece con un libro de positivos merecimientos. «El Valle del Sol» pertenece a la misma familia de *La Vorágine*, de Doña Bárbara, de *Don Segundo Sombra*, de *Raza de Bronce*, etc., pues se da en ella una visión auténtica de este Continente, cuya literatura recién empieza a manifestarse con características propias, independizándose de la mera imitación de las viejas literaturas europeas. Dyómedes de Pereyra, de nacionalidad boliviana y que ha residido largo tiempo en los Estados Unidos de Norte América, penetra, en su relato, en las selvas infernales del Matto-Grosso (Brasil), viaja por regiones que aun no habían sido holladas por el hombre blanco, bajo un clima de fuego y asediado por insectos, reptiles e indios salvajes, logra, avanzar dificultosa